



Tradición y moda en el traje griego
Tradição e moda nos trajes gregos
Tradition and fashion in Greek costume

Miguel Ángel ELVIRA BARBA¹
Marta CARRASCO FERRER²

Resumen: A lo largo de los siglos VI y V a. C., los trajes de las mujeres griegas experimentaron cambios que parecen relacionados con la evolución de las mentalidades, la actividad cultural y algunos acontecimientos políticos. En algunos casos, puede hablarse incluso de verdadera “moda”, en el sentido moderno del término.

Abstract: All along the 6th and 5th centuries B.C., the clothes of the Greek women experienced though changes, which seem connected with the evolution of mind, cultural activity and some political events. We can sometimes talk about true “fashion” in the modern sense of the world.

Palabras clave: Traje griego – *Pepló* – Túnica – Manto.

Keywords: Greek clothes – *Peplum* – Tunic – Cloack.

ENVIADO: 10.09.2014
ACEITO: 17.17.2014

Los antiguos griegos se mostraron siempre orgullosos de su identidad nacional. Sin necesidad de documento alguno, ellos distinguían de forma certera a un griego, y no por su raza, el origen de sus padres o su lugar de nacimiento: sabían que era heleno, y no “bárbaro”, quien hablaba la lengua

¹ Profesor de la Universidad Complutense de Madrid. *E-mail:* maelvira@ghis.ucm.es.

² Profesora en la Universidad Camilo José Cela, Madrid. *E-mail:* mcarrasco@ucjc.edu.



José María SALVADOR GONZÁLEZ (org.). *Mirabilia Ars 1* (2014/2)
On issues of Art and Aesthetics
Sobre cuestiones de Arte y Estética
Questões de Arte e Estética

Jun-Dez 2014/ISSN 1676-5818

griega en cualquiera de sus dialectos, quien ofrecía a los dioses olímpicos sacrificios consagrados por tradiciones helénicas y quien, además, practicaba “costumbres griegas”. A nosotros nos puede resultar chocante este último requisito, y nos resulta difícil ver semejanzas entre el modo de vida espartano, con su vida comunitaria y su constante formación militar, y el de Atenas, tan abierto a las asambleas democráticas y a la actividad laboral del artesanado y el comercio. Sin embargo, no cabe duda de que los helenos no lo veían del mismo modo: para ellos primaban las costumbres funerarias, los *simposios* festivos o las leyes de la hospitalidad, que creaban vínculos entre todos los griegos, aunque habitasen en las colonias más remotas.

Entre esas “costumbres griegas” se hallaba, precisamente, la forma de vestir: desde la época de Homero, el hombre y la mujer de la Hélade se distinguían por su traje en cualquier puerto del Mediterráneo. Ni él ni ella llevaban nunca una falda que se cortase inmediatamente por debajo de la rodilla, como hacían los sirios o los habitantes de Anatolia. Tampoco se adornaban los brazos con anchas mangas plisadas, como las que usaban los egipcios. Ni usaban los gorros y tocados que denunciaban, en cualquier lugar, la presencia de un fenicio, un persa, un tracio o un escita. Incluso era fácil descubrir, en los combates, los ejércitos formados por hoplitas, con sus cascos “corintios”, sus corazas y sus escudos circulares.

Y, sin embargo, erraríamos por completo si pensásemos que el “traje griego” fue una vestimenta fija, capaz de mantenerse inmutable siglo tras siglo, como nuestros atuendos folklóricos o la vestimenta étnica de muchos pueblos. A lo largo de tan solo doscientos años –los siglos VI y V a. C., en los que centraremos nuestro estudio–, vamos a ver cómo se dieron fenómenos evolutivos, modas, vueltas al pasado e incluso cambios radicales que, pese a todo, mantuvieron a salvo el criterio de “helenidad”. Solo cabe advertir, como premisa, que raras veces dejaron estos fenómenos testimonios en la literatura: la forma más segura de analizarlos se halla en el estudio del arte y, sobre todo, de las escenas cotidianas representadas en las vasijas.

Sin embargo, no podemos comenzar sino haciendo una excepción a esta premisa: el primer cambio de moda que vamos a advertir, y que tuvo lugar a mediados del siglo VI a. C., fue tan drástico que, un siglo más tarde, el historiador Heródoto creyó necesario explicarlo y lo hizo a través de una historia tan imaginaria como inverosímil: según él, en una batalla naval que



mantuvieron los atenienses contra sus vecinos los eginetas (h. 568 a. C.), los primeros fueron tan completamente derrotados, que solo un guerrero quedó con vida:

Vuelto el infeliz a Atenas, anunció el desastre acaecido. Pero las mujeres de los muertos en la campaña, al oírle relatar la muerte de todos los hombres, no pudieron soportar que solo él se hubiese salvado: lo fueron rodeando y, una vez que lo tuvieron en el centro, le hincaron y clavaron sus fíbulas, preguntándole cada una dónde había quedado su marido, de forma que allí mismo le dieron muerte (...). A los hombres de Atenas, esta venganza y furia femenina les pareció más grave aún que la pérdida de toda la flota y, no hallando modo de castigar a las mujeres, resolvieron obligarlas a cambiar de traje, haciéndoles vestir a la jónica, ya que antes las atenienses vestían a la dórica, con un traje muy semejante al que usan aún hoy las corintias. De ahí que, a partir de entonces, hubiesen de llevar túnica de lino, abandonando el uso de las fíbulas (V, 87).

Aunque, como acabamos de decir, este relato de Heródoto es una invención – el cambio de vestimenta que señala no se dio en Atenas hasta una fecha en torno al 530 a. C., es decir, veinticinco o treinta años después de la victoria de Egina–, sí que plantea en sus debidos términos la problemática de la vestimenta femenina durante el Periodo Arcaico.

Desde una época remota, aunque difícil de fechar por falta de documentos literarios y artísticos, la mujer griega usaba como vestimenta básica lo que Homero denominaba *beanós* y hoy llamamos *peplo*: una prenda muy sencilla, reducida a una amplia tela rectangular, como una sábana, que se colocaba alrededor del cuerpo y que se colgaba de los hombros mediante unos broches o fíbulas (*peronai*), de modo que el borde inferior rozase los pies. Sobre esa idea común cabían algunas variantes: las fíbulas podían tener formas diversas, aunque predominaban las largas agujas, capaces de herir y matar, como dice Heródoto.

En cuanto a la tela, siempre de lana, solía ir doblada por la parte superior, dejando caer hasta la cintura, sobre el pecho y la espalda, una franja (el *apoptygma*) capaz de abrigar como un chaleco. Por lo demás, aunque se fijaba la prenda al cuerpo con un ceñidor o cinturón (*zone*), era inevitable que, en los movimientos bruscos, la pierna derecha quedase a la vista; para salvar este percance, muchas griegas se cosieron los bordes del paño desde la cintura hasta los pies; al fin y al cabo, a principios del VI a. C. importaban poco los

pliegues del vestido: se prefería mostrar la tela lisa y hacer alarde, en ella, de bordados multicolores con frisos geométricos, rosetas e hileras de animales.

Imagen 1



Escena de la *Toma de Troya*. Menelao, con túnica corta y coraza, saluda a Helena, vestida con peplo y manto. A la derecha: un guerrero ataca a Príamo, vestido con túnica larga y manto, en presencia de dos mujeres vestidas con peplos.

Sin embargo, esta prenda repetitiva, completada a menudo por un velo (*krédemnon*) que cubría simétricamente los hombros y, en las mujeres casadas, también la cabeza, tenía pocas posibilidades de renovarse. En una época de evolución política, económica y cultural acelerada como fue el siglo VI a. C., podía plantearse un cambio en el atuendo, pero este solo era posible a través de una importante mutación de las prendas y de la estética en el vestir. Y fue en Jonia, al este del Egeo, en una zona muy abierta al comercio con fenicios y egipcios, donde las mujeres dieron tal paso. Acaso no sea pecar de superficiales observar que este hecho coincidió en lugar y tiempo con el nacimiento de la filosofía, esto es, del pensamiento independiente y evolutivo.

Las mujeres jónicas decidieron aceptar, aunque reinterpretándolas a su gusto, las prendas femeninas más comunes en los pueblos del Mediterráneo oriental, que ellas vieron, sobre todo, en las damas de Caria: la fina túnica de lino hasta los pies (*chitón*) y, sobre ella, el manto (*himation*). Era un concepto de la

vestimenta totalmente distinto del presidido por el *peplo*: la túnica, fina, amplia y ordenada en múltiples pliegues, era una especie de tubo que se sostenía sobre los hombros de la mujer mediante hileras de botones o verdaderas costuras, y que permitía aparentar en ocasiones la existencia de unas mangas cortas. Pero era concebida, no como la prenda principal, sino como una prenda interior, propia del dormitorio, de modo que exigía, para la vida cotidiana y pública de la mujer digna, ir cubierta por el manto.

Y este último, en consecuencia, tomaba un protagonismo que nunca había tenido el velo de los siglos anteriores: se podía plegar de las formas más variadas, e incluso fijar en un hombro con una fíbula para resaltar los clarosucos de sus formas plásticas: la mujer griega, a través de las novedades de su atuendo, contribuía así a crear una estética nueva, cubierta de finos pliegues, múltiples y paralelos, que los artistas reproducirían apasionadamente en sus esculturas y dibujos. Mientras tanto, en justa compensación, los bordados coloristas comenzaban a perder su protagonismo de antaño.

Imagen 2



Doncella ateniense vestida a la jónica, con túnica larga y manto

Si esta vestimenta “jónica” surgió en la propia Jonia hacia el 570 a. C., un par de décadas más tarde la vemos difundirse por las islas del Egeo y, finalmente, en torno al 530 a. C., como hemos dicho, hizo su irrupción en Atenas. Eran los últimos años de la tiranía de Pisístrato (560-527), a quien sucedieron en el poder sus hijos Hiparco e Hippias (527-514), y las necesidades de lujo de las clases altas atenienses –los grandes comerciantes y propietarios de talleres– buscaban respuesta en el refinamiento cultural de Jonia. En cuanto a los jonios, estaban deseosos de fomentar esa tendencia, e incluso de emigrar a Atenas en gran número: el rey persa Ciro el Grande había conquistado sus ciudades, de modo que preferían buscar amparo entre sus hermanos o, incluso, emigrar hasta sus colonias de Italia y el Mar Negro.

Sin embargo, en la Grecia Propia no parece que la revolución en la vestimenta pasase a corto plazo más allá de Atenas, donde, al fin y al cabo, se hablaba un dialecto jónico. Los demás helenos, dorios en su mayor parte, se mantuvieron al margen de este fenómeno y, como vio agudamente Heródoto, en la cercana Corinto se siguió usando el *peplo* tradicional hasta mediados del siglo V, por lo menos.

Imagen 3



Vaso de fines del arcaísmo, que muestra una mujer vestida con túnica larga y *chitonisco*.



En Atenas –y esto merece resaltarse– la llegada de la vestimenta jonia no supuso el mero abandono de un traje tradicional para abrazar otra tradición. De hecho, lo que se dio fue el nacimiento mismo de un fenómeno nuevo: el de la moda. Las esculturas de jovencitas vestidas con túnica y manto que conocemos como “*korai* de la Acrópolis” pueden parecer repetitivas, pero, envaradas en su carácter protocolario y religioso, no representaban en absoluto la realidad cotidiana de su época.

Las túnicas admitían múltiples variaciones en anchura y sujeción, tanto en los hombros como en el ceñidor que marcaba la cintura; el manto podía colocarse de formas diversas, e incluso cabía sustituirlo por el llamado *chitonisco*, una especie de jersey de lana que podía llegar hasta la cintura o alcanzar las rodillas. De hecho, la fase conflictiva y entusiasta que siguió a la expulsión de los tiranos Hiparco e Hippias y que cristalizó en la organización de la democracia ateniense con las reformas de Clístenes (509-507 a. C.) debió invitar a todo tipo de novedades e invenciones para la vida en sociedad, desde los tocados de la cabeza hasta las sandalias de los pies.

Y cuanto venimos diciendo de la vestimenta femenina podemos contemplarlo, con matices diversos, también en la masculina. El hombre, desde época homérica, vestía de forma distinta según su edad y condición. El joven, el trabajador y quien se dedicaba a la vida activa, llevaba, por lo general, una túnica corta, por encima de la rodilla, que fijaba en sus dos hombros o –si el ejercicio era muy duro– solo en uno de ellos: en tal caso, al *chitón* se le daba el nombre de *exomis*. Era una prenda autosuficiente, pero que podía completarse, si hacía frío, cubriéndola con un manto (*chlaina*, *himation*) o con una *clámide*, es decir, con un manto corto fijado alrededor del cuello por un broche.

Pero el traje más digno y serio era el que llevaban los hombres de cierta edad y de alta condición, sobre todo cuando acudían a sus reuniones. Entonces, se enfundaban dentro de una túnica larga hasta los pies, estrecha y sin pliegues, que se sujetaba sobre los hombros con costuras y que, por lo general, no necesitaba cinturón. Sobre esta prenda, se ponían un manto rectangular o, en ciertas ocasiones, en forma de semicírculo. En las épocas más antiguas, lo colocaban de forma simétrica sobre sus hombros –como el velo de las mujeres–, pero, a partir del siglo VII a. C., fueron adoptando cada vez más lo que llamaríamos el “manto terciado”, con las dos puntas extremas sobre el hombro izquierdo y el resto del paño rodeando el cuerpo.

Pues bien, en la segunda mitad del siglo VI a. C. empezamos a ver cambios y una mayor libertad de elección. Por entonces, sin duda siguiendo las costumbres de los atletas, son muchos los hombres que deciden quitarse la túnica, tanto la larga como la corta, y taparse tan solo con el manto terciado, aunque ello suponga el riesgo de quedarse desnudos en plena calle: para evitarlo, cuidan de llevar unos altos bastones que fijan bajo su axila sosteniendo un pliegue.

La principal víctima de esta costumbre acabó siendo la túnica larga, considerada cada vez más como una prenda arcaica: Tucídides recordaría que, en la primera mitad del siglo V, “los ancianos de clase acomodada dejaron de llevar túnicas de lino en señal de lujo” (I, 6). Por esas fechas, esta prenda se había convertido ya en el atuendo distintivo de ciertos profesionales: los músicos y actores –que representaban héroes antiguos—, los aurigas –que tenían que proteger sus piernas— y los sacerdotes, anclados en sus tradiciones religiosas.

Imagen 4



Vaso de principios del siglo V a. C.: dos hombres, vestidos sólo con manto, observan como unos escultores realizan una estatua

Pero son los jóvenes atenienses los que, durante los últimos veinte años del siglo VI a. C., se permiten mayores audacias: en los vasos pintados, e incluso

en los exvotos escultóricos de la Acrópolis, tienen a gala mostrarse vestidos con vistosas prendas exóticas: unos se colocan ceñidos pantalones y chaquetas multicolores de tipo oriental, con altos gorros frigios; otros, en cambio, lucen trajes tracios, con ostentosas botas y capas rígidas cubiertas de bordados. Realmente, estamos ante un ambiente de libertad y cosmopolitismo único en la historia griega.

Pero la naciente democracia ateniense tardaría poco en verse sometida a una durísima prueba: tras la fracasada revuelta de Jonia contra los dominadores persas (500-494 a. C.), Darío enviaría su flota a Maratón (490) y, diez años más tarde, su hijo Jerjes, deseoso de castigar a los griegos y de instalar de nuevo a Hippias en el trono de Atenas, desencadenaría la Segunda Guerra Médica (480-479). Cuando, tras estos años convulsos y heroicos, la paz volviese a Grecia, sería patente el cambio sufrido por las mentalidades. Obviamente, nadie volvería a vestirse de persa o de oriental por las calles de Atenas: los guerreros curtidos en el Cabo Artemision y Platea, los niños que habían huido a Salamina y las mujeres que habían perdido a esposos e hijos en combates sin cuartel no querían saber nada de los “bárbaros” y exaltaron hasta las nubes su nacionalismo griego.

Imagen 5



Joven jinete ateniense vestido como un tracio.

En el campo de la vestimenta, este fenómeno se hizo visible, sobre todo, en el atuendo de las mujeres: durante toda una generación, hasta la década de 450-440 a. C. por lo menos, volvió a imponerse con fuerza en Atenas el antiguo *peplo*, ahora llamado *chitón dórico*: era un modo de evidenciar con orgullo la adscripción de la ciudad a la gran coalición de griegos que había combatido por la independencia. Sin embargo, la prenda arcaica sufrió modificaciones de importancia para ajustarse a los nuevos gustos: no era cuestión de volver a los infinitos bordados que habían marcado el gusto un siglo antes: el interés por el juego de los pliegues se había impuesto sin posible vuelta atrás y, en consecuencia, se imaginó una prenda amplia, que pudiese mostrarlos sobre un cuerpo de mujer bien formada, no sobre una damisela.

Imagen 6



Atenea, vestida con el *peplo* del período Severo, contempla a Heracles.



El *peplo* del llamado Periodo Severo (480-450 a. C.) es un verdadero prodigio de belleza plástica, a así supieron verlo Mirón y el joven Fidias: sobre el pecho cae el largo *apoptygma*, que llega a verse sujeto al torso por el ceñidor; la falda descende como una columna jónica cubierta de acanaladuras; en cuanto a la apertura lateral desde la cintura hasta los pies, se respeta en su integridad, evitando coserla: basta añadir medio metro más de tela para convertirla en una cascada de pliegues triangulares. Pero el *peplo*, por modernizado y dignificado que se concibiese, no podía imponerse como un uniforme: las mujeres atenienses, y ya las griegas, en general, lo sentían como una prenda pesada, bastante rígida incluso, que no permitía moverse con soltura ni sentarse cómodamente. Por tanto, la vestimenta jónica –la túnica y el manto– se mantuvo en muchos momentos de la vida cotidiana y se difundió por todas las ciudades. También este atuendo modificó su estética, desde luego: la túnica perdió buena parte de su amplitud, limitando el número de sus plieguecillos y la amplitud de sus “mangas”, mientras que el manto se colocaba de forma muy simple, copiando a menudo el “manto terciado” de los hombres. En cuanto a otros complementos, baste decir que el *chitonisco* permaneció en uso como alternativa sencilla al manto, y que lo usaron muchas esclavas para facilitar sus movimientos en las faenas del hogar.

Hacia mediados del siglo V a. C. va a esbozarse el último gran cambio en la vestimenta griega: el que abre las puertas al Periodo Clásico propiamente dicho. La generación que combatió en las Guerras Médicas va envejeciendo; el recuerdo de la contienda se difumina poco a poco; el odio a los “bárbaros” se matiza, y, en cualquier campo, la civilización griega, que se asienta en unas décadas de paz y enriquecimiento relativo, se convierte en un verdadero modelo para los habitantes de todo el Mediterráneo Oriental. En tales condiciones, el genio griego se desarrolla de forma sosegada, dando lo mejor de sí mismo y confiando en un futuro que se adivina prometedor.

En el campo de la vestimenta –y en particular de la femenina, porque los hombres apenas modifican su atuendo desde principios del siglo V a. C. –, esta actitud relajada se manifiesta de forma contundente. En poco tiempo, el *peplo* se ve relegado al olvido: a partir del último tercio del siglo, se le verá tan sólo en las esculturas de Atenea y en las imágenes de ciertas mujeres dedicadas al culto divino. Por tanto, la túnica y el manto van a ser de nuevo los protagonistas indiscutibles.

Sin embargo, pronto vemos que las damas, tanto en Atenas como en el resto de Grecia, se plantean posibilidades nuevas para seducir con su apariencia: en el momento más brillante del llamado *Siglo de Pericles* –hacia 440 a. C., por poner una fecha aproximada– empezamos a advertir en efecto, tanto en vasos como en esculturas y relieves, indicios de una vitalidad renovada en el campo de la moda. Será un curioso fenómeno, que se prolongará hasta los últimos años del siglo, es decir, hasta que la prolongada serie de enfrentamientos que supuso la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.) acabase sumiendo a toda Grecia en una de las más profundas crisis económicas de toda su historia.

Imagen 7



Ménéade de Calímaco, vestida con túnica con *apophygyon* y manto.



José María SALVADOR GONZÁLEZ (org.). *Mirabilia Ars 1* (2014/2)
On issues of Art and Aesthetics
Sobre cuestiones de Arte y Estética
Questões de Arte e Estética

Jun-Dez 2014/ISSN 1676-5818

Esta generación, con la que vamos a concluir nuestro panorama, muestra, en imer término, una verdadera pasión por las telas finas. Las túnicas, fielmente reflejadas por el último Fidias en sus “pliegues mojados” y por los pintores de vasos del “Estilo Bello” en sus volátiles escenas, invitan a pensar en una aportación externa: la llegada de tejidos egipcios casi transparentes debió de incrementarse por entonces, causando sensación en los mercados del Pireo y marcando el gusto durante varios lustros. Si a ello se añade que estas telas estaban a veces adornadas con pequeñas lentejuelas de metal dorado, podemos imaginar unos tonos y posibilidades táctiles que nunca había conocido la Grecia anterior.

Sin embargo, lo más vistoso en las modas de esa época fue la mezcla e intercambio de prendas y calidades. En unas ocasiones, vemos cómo Atenea, aun portando su *peplo* ritual, lo ha tejido en tela tan fina, que tiene que cubrirlo con un manto. También las doncellas dedicadas a su culto, tal como aparecen figuradas en las *Cariátides* del Erecteo, llevan *peplos* que parecen túnicas. Y no son un caso aislado: ciertas *Ménades* del escultor Calímaco se agitan armoniosamente portando túnicas con *apoptygma*, y mezclando por tanto las formas del pesado *peplo* con las de la prenda más ligera.

Finalmente, basta contemplar la magnífica figura voladora de la *Victoria* tallada en Olimpia por Peonio de Mende para observar que su túnica se abre por un lado, como si fuese un *peplo*, para enseñarnos su pierna desnuda. Ignoramos adónde hubiera podido llevarnos esta creatividad desenfrenada. Sólo sabemos que coincide, de nuevo, con un periodo de gran libertad intelectual: estamos en la época de los sofistas, en los días en que Sócrates invitaba a cada cual a pensar por su cuenta. Por desgracia, la historia barrería demasiado pronto este movimiento y haría de Atenas una ciudad cada vez más pacata y conservadora.

Bibliografía

- RIVERA GARRETAS, M. Milagros (dir.). *Las Relaciones en la Historia de la Europa Medieval*. Valencia: Tirant lo Blanch, 2006.
BIEBER, M. (1928). *Griechische Kleidung*. Berlín-Leipzig.
REPOUND, J. (1931). *Les secrets de la draperie Antique*. Roma-París.
JOHNSON, M. (ed.) (1964). *Ancient Greek Dress*. Chicago.



José María SALVADOR GONZÁLEZ (org.). *Mirabilia Ars 1 (2014/2)*
On issues of Art and Aesthetics
Sobre cuestiones de Arte y Estética
Questões de Arte e Estética

Jun-Dez 2014/ISSN 1676-5818

- SYMONS, D.J. (1987). *Costume of Ancient Greece*. Londres: B.T. Batsford Ltd.
- ELVIRA BARBA, M.Á. (1988). “El traje en Grecia”, *Historia 16*, nº 145, p. 100-108.
- FLACELIÈRE, R. (1989). *La vida cotidiana en Grecia en el Siglo de Pericles*, cap. VI. Madrid: Ed. Temas de Hoy.
- LÓPEZ MELERO, R. (1990). *Así vivían en la Grecia Antigua*. Madrid: Anaya.
- RACIMEN, A. (2004). *Historia del vestido*. Madrid: Ed. Libsa.